



Eduardo Galeano
Escritor uruguayo

Don Quijote de las paradojas

EDUCERE, en homenaje al libro
de los libros de habla hispana

La novela Don Quijote de La Mancha ha seducido por su magia y sabiduría a la humanidad en cada época y región del planeta. Hoy, cuando el mundo entero celebra el Cuatricentenario de la primera edición de esta obra, a la vez festiva y sagrada, nos complace ofrecer a nuestros fraternos lectores estas apreciaciones de Eduardo Galeano, a propósito de las andanzas del caballero, cuya triste figura cabalga desde la inmensidad de la Historia.



ació en prisión esta aventura de la libertad. En la cárcel de Sevilla, «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace habitación», fue engendrado Don Quijote de La Mancha. El papá estaba preso por deudas.

Exactamente tres siglos antes, Marco Polo había dictado su libro de viajes en la cárcel de Génova, y sus compañeros de prisión habían escuchado, y escuchándolo habían viajado.

Cervantes se propuso escribir una parodia de las novelas de caballería. Ya nadie, o casi nadie, las leía. Estaban pasadas de moda. La tomadura de pelo fue un esfuerzo digno de mejor causa. Y sin embargo, esa inútil aventura literaria resultó mucho más que su proyecto original, viajó más lejos y más alto y se convirtió en la novela más popular de todos los tiempos y de todas las lenguas.

Merece gratitud eterna el caballero de la triste figura. A don Quijote los libros de caballería le habían quemado la cabeza, pero él, que se perdió por leer, salva a

quienes lo leemos. Nos salva de la solemnidad y del aburrimiento. Famosos estereotipos: don Quijote y Sancho Panza, el caballero y su escudero, la locura y la cordura, el soñador hidalgo con la cabeza en las nubes y el labriego rústico de pata en tierra.

Es verdad que don Quijote se vuelve loco de remate cada vez que monta a Rocinante, pero cuando desmonta suele decir frases que vienen del más puro sentido común, y en ocasiones pareciera que se hace el loco sólo por cumplir con el autor o el lector. Y Sancho Panza, el ramplón, el bruto, sabe ejercer con ejemplar sutileza su gobierno de la ínsula de Barataria.

Tan frágil que parecía y fue el más duradero. Cada día cabalga con más ganas, y no sólo por la manchega llanura. Tentado por los caminos del mundo, el personaje se escapa del autor y en sus lectores se transfigura, y entonces hace lo que no hizo, y dice lo que no dijo.

Don Quijote jamás pronunció la más famosa de sus frases. «Ladran, Sancho, señal que cabalgamos» no figura en la obra de Cervantes. ¿Qué anónimo lector habrá sido el autor?



Metido en su armadura de latón, montado en su rocín hambriento, don Quijote parece destinado a la derrota y al ridículo.

Este delirante se cree personaje de novela de caballería y cree que las novelas de caballería son libros de historia. Sin embargo, no siempre cae despatarrado en sus lances imposibles, y a veces hasta aplica honrosas tundas a los enemigos que enfrenta o inventa. Y ridículo es, qué duda cabe, pero entrañablemente ridículo. Cree el niño que una escoba es un caballo, mientras el juego dura, y mientras dura la lectura los lectores acompañamos y compartimos los andares estafalarios de don Quijote.

Reímos de él, sí, pero mucho más reímos *con él*.

«No te tomes en serio nada que no te haga reír», me aconsejó alguna vez un amigo brasileño. Y el lenguaje popular se toma en serio los delirios de don Quijote y expresa la dimensión heroica que la gente ha otorgado a este antihéroe. Hasta el Diccionario de la Real Academia Española lo reconoce así. Quijotada es, según el diccionario, «la acción propia de un quijote» y quijote es aquel que «antepone sus ideales a su conveniencia y obra desinteresada y comprometidamente en defensa de causas que considera justas, sin conseguirlo».

Dos veces pidió Cervantes empleo en América, y dos veces fue rechazado. Algunas versiones dicen que era dudosa su limpieza de sangre. Los estatutos prohibían viajar a las colonias americanas a quien llevara en sus venas glóbulos judíos, musulmanes o heréticos, que se trasmitiesen a lo largo de no menos de siete generaciones. Quizá la sospecha de algún abuelo o bisabuelo que fuera judío converso explica la respuesta oficial a las solicitudes de Cervantes: «Busque por acá en qué se le haga merced».

Él no pudo venir a América. Pero su hijo, don Quijote, sí. Y en América le fue de lo más bien.

En 1965, el Che Guevara escribió la última carta a sus padres.

Para decirles adiós, no citó a Marx. Escribió: «Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante. Vuelvo al camino con mi adarga al brazo» .

En sus malandanzas, evocaba don Quijote la edad dorada, cuando todo era común y no había tuyo ni mío. Después, decía, habían empezado los abusos, y por eso había sido necesario que salieran al camino los caballeros andantes, para defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.

El poeta León Felipe creía que los ojos y la conciencia de don Quijote «ven y organizan el mundo no como es, sino como debiera ser. Cuando don Quijote toma al ventero

ladrón por un caballero cortés y hospitalario, a las prostitutas descaradas por doncellas hermosísimas, la venta por un albergue decoroso, el pan negro por pan candéal y el silbo del capador por una música acogedora, dice que en el mundo no debe haber ni hombres ladrones ni amor mercenario ni comida escasa ni albergue oscuro ni música horrible».

Unos años antes de que Cervantes inventara su febril justiciero, Tomás Moro había contado la utopía. En el libro de Tomás Moro, *Utopía*, u-topía, significaba *no-lugar*. Pero quizás ese reino de la fantasía encuentra lugar en los ojos que lo adivinan, en ellos encarna. Bien decía George Bernard Shaw que hay quienes observan la realidad tal cual es y se preguntan por qué, y hay quienes imaginan la realidad como jamás ha sido y se preguntan por qué no.

Está visto, y los ciegos lo ven, que cada persona contiene otras personas posibles, y cada mundo contiene su contramundo. Esa promesa escondida, el mundo que necesitamos, no es menos real que el mundo que conocemos y padecemos.

Bien lo saben, bien lo viven, los aporreados que todavía cometen la locura de volver al camino, una vez y otra y otra, porque siguen creyendo que el camino es un desafío que espera, y porque siguen creyendo que desfacer agravios y enderezar entuertos es un disparate que vale la pena. Ayuda lo imposible a que lo posible se abra paso. Por decirlo en términos de la farmacia de don Quijote: tan mágico es este bálsamo de Fierabrás, que a veces nos salva de la maldición del fatalismo y de la peste de la desesperanza.

¿No es ésta, al fin y al cabo, la gran paradoja del viaje humano en el mundo? Navega el navegante, aunque sepa que jamás tocará las estrellas que lo guían. ©

Revista Cultural de Venezuela. CONAC. Caracas.
N° 10, Marzo 2005

